Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

V – La traición de los emires

23 – "¡Se descubre el pastel"

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

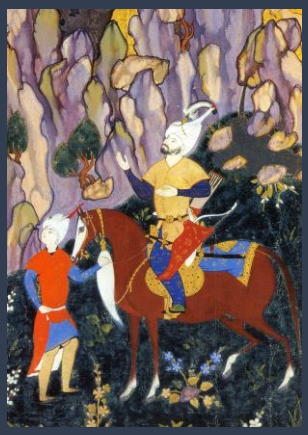
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

23 – ¡Se descubre el pastel!

Un secuestro y otra argucia del malvado Cadí Salâh El-Dîn, o más bien, del monje Yauán, hijo de Asfût, y su no menos infame fámulo Mansûr, que no es otro que su acólito, el bellaco monje Barcûsh…

Y el narrador continuó con su relato de esta manera…



Nobles señores, sabed que… pasadas unas horas, los patricios cargaron sus cajones y descendieron hasta el puerto, donde Yemaa acababa de abrir las aduanas. Colocaron en fila su equipaje al borde del muelle, prestos a bajarlo al fondo de la bodega, pero en ese momento Yemaa les llamó la atención:

- ¡Eh, vosotros, los mercaderes! ¡Esperad a que yo revise vuestros cajones!

Entonces, Marín comenzó a hacer como que abría los fardos, uno por uno, para mostrar su contenido.

Mientras andaban ocupados con tales operaciones, vieron de pronto aparecer al cadí, montado en una mula y flanqueado por su fámulo el sheij Mansûr. Echó pie a tierra, se sentó sobre el baúl en el que se hallaba Baïbars, y llamó a Martín:

- Dime, *jawâya*, ¿en cuál de esos cajones has metido mis mercancías?

- Justo en ese en el que te has sentado, *efendi*.

- Muy bien, diles a tus hombres que ya pueden subirlo a bordo.

- Espera un poco, mi señor –interrumpió Yemaa–. Antes tengo que registrarlo, esa es la norma[1].

---

[1] Hay que señalar que Yemaa se expresa en un dialecto magrebí (que no hemos reflejado en esta traducción), distinto al de los otros personajes del relato; como en general sucede con las variantes lingüísticas locales, por oposición a las variantes sociales.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡¿Cómo?! ¡¿Que tú vas a controlar también mi baúl?! –exclamó el cadí con tono furibundo.

- ¡Por supuesto que sí! ¡Y lo haría, aunque fuera el de nuestro señor, El-Sâleh Ayyûb!: ¡para eso yo tengo un *jatt-e sharîf*, que me otorga ese derecho!

- ¡Venguemos el honor de Dios! –gritó el cadí a voz en grito– ¡Qué vergüenza! ¡Qué afrenta! ¡Qué humillación para la ciencia!

Y, lanzando gritos como un poseso, se arrancó su turbante y lo arrojó al suelo. Rápidamente, los empleados del puerto y algunos mercaderes que se encontraban allí, se precipitaron a recogerlo y a ponérselo de nuevo en la cabeza.

- Dinos, ¿qué te sucede, *efendi*?

- Oh, comunidad de Muhammad, habéis de saber que todos los años tengo por costumbre enviar por mi cuenta algunas mercancías al extranjero: lo que gano con ello me permite dar de comer a mi familia; pues, os juro por la Ciencia sagrada, que, en toda mi vida, temeroso de Dios, no he querido cobrar ni un céntimo por lo que se ingresaba en el tribunal. Todos los días pasan por aquí más de mil cajones: ¿Me ha pedido jamás alguien que los abriera[1]? ¡Os juro por la sagrada Ciencia que no me quedaré más tiempo en la misma ciudad que este maldito berberisco!

El cadí, de un salto, se montó a horcajadas en la mula, haciendo ver que se iba de allí para siempre; inmediatamente, la muchedumbre se puso a correr tras él suplicándole que se quedara. Unos, le besaban las manos, otros, increpaban furiosos al pobre Yemaa y, otros, cogiendo el baúl del cadí con firmeza, lo subieron a bordo del navío. Marín y sus patricios aprovecharon aquella confusión para embarcar a toda prisa el resto de las mercancías; levar ancla, izar las velas y salir rápidamente hacia alta mar.

Mientras tanto, los compañeros de Baïbars, inquietos al no verle de vuelta, organizaron una batida general por toda la ciudad; pronto, se extendió por todas partes el rumor de que Baïbars había desparecido.

Y cuando Otmân y Qafyaq estaban en la sala del Consejo, embargados de la más viva inquietud, vieron llegar de pronto al *jawâya* Abdallah, el *shahbandar*, al que Baïbars había liberado a su hija.

- Amigos míos –les dijo–, ¡A vuestro emir lo ha secuestrado el cadí Salâh El-Dîn, que, en realidad, es un sacerdote cristiano llamado Yauán!

Y les refirió todo lo que sabía acerca de Boulos el Dragomán y sobre Marín y Martín de las Cadenas; pero como ya os hemos contado todo esto anteriormente, es inútil que lo repitamos.

---

[1] Parece que se trata de un sofisma, más o menos ingenioso, del cadí.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Hay que joerse! ¡Mira que l'había advertío qu'ese cabrón era un cipote mal retajao! –vociferó Otmân–. ¡Pos si es asín! ¡Me vy a cargar a tos los cadis n'el tribunal! ¡Amos allá, hijos de Haydab, to'l mundo conmigo!

Y seguido de todos los jóvenes truhanes de su peculiar banda, armados con sables y garrotes, se fueron directamente hacia el tribunal.

- ¡Señor, concédenos Tu protección cuando el enemigo nos ataque!

Exclamó el segundo cadí, que estaba en funciones, al escuchar cómo se elevaba desde la calle un rugido como el de un enjambre de avispas enfurecido. No había terminado de formular esas palabras, cuando Otmân irrumpió en la sala del tribunal gritando:

- ¡Muerte al cadí y a to'l tribunal!

- El cadí en funciones se levantó de un brinco y corrió para ponerse a salvo.

- Que Dios nos proteja. Veamos, hijo mío, ¿qué te sucede? –le preguntó con voz temblona.

- ¡Ya m'estás pasando al cabrón el cadí pa'justarle las cuentas! ¡Y ya mesmo o, por la vida el Profeta que sus rebano el piscuezo!

- ¡No, piedad *osta* Otmân! ¡Te juro por la gloria de Dios que el cadí Salâh El-Dîn se fue ayer al mediodía del tribunal, y desde entonces no le hemos vuelto a ver! ¡ni a él, ni a su fámulo Mansûr! ¡No nos hagas daño! ¡Nos ponemos bajo la protección de la Hassibeh!

El narrador continuó de este modo…

Pues sí; porque apenas el cadí había conseguido meter a bordo del navío el baúl en el que había encerrado a Baïbars, llamó a su discípulo aparte y le susurró:

- Mi pequeño Barcûsh, éste no es el momento de eternizarse en este lugar; ¡no van a tardar mucho en descubrir todo el pastel, así que vámonos!

Y sin perder un solo instante, los dos cómplices se embarcaron rumbo a Yaffa, para ponerse bajo la protección del rey Godofredo. Pero de esto hablaré más adelante.

En cuanto a Otmân, pues se dejó ablandar por las súplicas de la gente del tribunal, y se marchó de allí sin causarles ningún mal. Inmediatamente se fue al palacio de Boulos el Dragomán, con la esperanza de encontrar allí a Yauán; pero al entrar se dio cuenta de que la casa había sido abandonada; allí no quedaba nadie. Pero de pronto le vino como un súbito presentimiento… bajó al puerto e interrogó a Yemaa; éste le informó del incidente que había ocurrido esa misma mañana con el cadí, y de cómo éste, escamoteando su control, había conseguido subir a bordo un gran baúl en un navío que partía para Génova. En ese momento Otmân comprendió de qué había ido toda esa

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

historia: A Baïbars lo habían secuestrado unos *desperados* [1]genoveses, al servicio de Yauán. Así que fue a reunirse con Qafyaq, al que le comunicó las malas noticias.

- Cucha persilla, compadre mío –añadió Otmân– ¡tú m'esperas aquí un poco, lo justo pa yo llegarme al Cairo y aventar toa esta mierda al patrón Sâleh!

Y, sin perder ni un minuto, subió de un brinco a su montura y marchó galopando camino de El Cairo.

Pasado algún tiempo, el rey, mientras estaba presidiendo una de las sesiones del Consejo, se volvió hacia su visir y le dijo:

- Dime, Shâhîn, ¿no hace ya mucho tiempo que no tenemos noticias de Baïbars? ¿Tú qué piensas? ¿Habrá encontrado ya al culpable, o no?

- *Efendem* –respondió el visir– Baïbars ha nacido bajo el signo de una buena estrella; jamás ha fracasado en una misión así. Seguro que muy pronto oiremos hablar de él.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando la cortina que cerraba la entrada al Consejo, se apartó y entró como un torbellino el *osta* Otmân vociferando:

- ¡Eh, jefe Sâleh, a las armas!

- ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué te pasa ahora, sheij Otmân, que Dios nos proteja!

- Jefe Sâleh, colega e mis entretelas, ¡el cadí, cipote mal retajao, ha trincao al soldao Nénars, y se l'ha llevao al país e los cipotes mal retajaos!

Otmân puso al corriente al rey sobre los sucesos de Alejandría. Pero mientras estaba hablando, se corrió de nuevo la cortina de la sala del Consejo y por la puerta se vio aparecer a un joven persa, que era el vivo retrato de Baïbars (¡Gloria a Aquel que no tiene igual ni parecido!). Otmân, nada más verlo, se arrojó sobre él, le saltó al cuello y le cubrió de besos y abrazos, gritando:

- ¡Ah! ¿pero ya'stás aquí, soldaito? ¡Asín la peste envenene al país e tu padre! ¡Ya pués prisumir de que m'has colao una güena cagá!

Indignado por tales familiaridades, rojo de cólera y desconcertado, el hombre joven le asestó una bofetada tal, que sonó como la descarga de una catapulta.

- ¡Joer con el menda! –exclamó Otmân fuera de sí–. ¿Y ahora pa qué m'escoñas asín, hermanito mío? ¿Qué t'hecho yo?

Por toda respuesta, el otro joven le lanzó una andanada de insultos en persa.

- ¡Eh, vete a la mierda, persilla e los cojones! ¡S'acabó, ya no curro más pa ti! ¡Por la vida el Profeta!

---

[1] Sic.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

A pesar de su inquietud por la suerte de Baïbars, el rey no pudo impedir sonreír ante este intercambio de lindezas; pero el gran visir, al ver que la broma estaba durando demasiado, se apresuró a intervenir:

- Este hombre no es tu amigo Baïbars –le dijo a Otmân–; ¡es su hermano Taqtemûr, que acaba de llegar de Persia!

Luego, volviéndose hacia Taqtemûr, le dijo en persa:

- Hijo mío, este joven es el hermano de Baïbars conforme al pacto de Dios; tu hermano acaba de ser secuestrado en Alejandría, y Otmân ha venido para avisar a nuestro señor el sultán…

Estas explicaciones calmaron el furor del shâh Taqtemûr.

- Hâch Shâhîn –prosiguió el rey– Otmân afirma que el cadí resultó ser un cristiano, ¡y que se trataba nada menos que de Yauán!

- Sí, ya le he oído, *efendem*. ¡Que la maldición de Dios caiga sobre él! ¡Así que por eso era que no cesaba de crearle mil y una dificultades a Baïbars!

- ¡Y bien! Ahora, ¿qué vamos a hacer? Otmân dice que se han llevado a Baïbars a Génova… pero exactamente, ¿dónde está esa Génova?

- *Efendem*, es una ciudad muy lejana, al otro lado del mar.

- ¿Y no se puede llegar allí por tierra? Podríamos partir entonces a la cabeza de nuestro ejército y liberar a ese pobre muchacho.

- No, *efendem*, solo se puede llegar allí por vía marítima; además, para eso, necesitaríamos navíos de guerra.

- Pues si es solo por eso, Hâch Shâhîn, haz que nos construyan unos navíos de guerra y vete a contratar a algunos *capetanes*[1] para que nos lleven a esa ciudad.

- Pero, *efendem* –objetó Shâhîn–, ¡eso, ni soñarlo! ¡En un año no se habrían podido construir ni tres naves, y necesitaríamos al menos doscientas! No, por ese lado no hay ninguna esperanza.

El narrador continuó de este modo…

Es cierto que, en aquellos tiempos, el Estado ayyubí no poseía más allá de unos diez barcos sin armamento, que se pudrían amarrados a sus anclas en el puerto de Alejandría[1].

---

[1] Sic.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Entonces, ¿tu opinión es que dejemos a Baïbars en manos de los enemigos?

- Por tu vida, oh, poderoso rey, no sé qué pensar. Es una situación muy embarazosa, y en verdad no veo qué podemos hacer.

- Bien, pero de todos modos vas a dar la orden de preparar al ejército para una campaña; luego nos iremos a Alejandría, y una vez allí, el Creador de todas las cosas buscará el medio de sacarnos de este atolladero.

El visir se apresuró a poner al ejército en pie de guerra y, diez días después, El-Sâleh, en la vanguardia, y a la cabeza de sus tropas se puso en marcha camino de Alejandría; Taqtemûr y Edaghmûsh también partieron en ese viaje. Cuando llegaron cerca de su destino, los dignatarios y notables de la ciudad salieron a su encuentro, y el rey hizo su entrada solemne en Alejandría. En cuanto a las tropas, pues les montaron un campamento en el puerto.

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "La traición de los emires"...

24 - "El corsario de los musulmanes"

---

[1] De hecho, la potencia marítima del reino de Egipto, importante bajo los Fatimíes que, en el s. X dominaban aún el Mediterráneo oriental, había ido declinando cada vez más con los Ayyubíes, de lo que se aprovecharon las repúblicas italianas; sobre todo Génova y Venecia.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6